

Entre la muerte y la esperanza: mujeres indígenas en el Ejército Guerrillero de los Pobres y la Comunidad de Población en Resistencia del Ixcán. Guatemala, 1975-1985

Between Death and Hope: Indigenous Women in the Guerrilla Army of the Poor and the Community of Population in Resistance-Ixcán. Guatemala, 1975-1985

Karina Leyte

 <https://orcid.org/0009-0007-3745-0573>

Doctorante en Estudios Latinoamericanos, Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, México
arkaco44@yahoo.com

Resumen

El presente artículo tiene como objetivo analizar los principales elementos de la participación de las mujeres indígenas campesinas en el Ejército Guerrillero de los Pobres y en la Comunidad de Población en Resistencia-Ixcán, en Guatemala. La fundamentación teórica que guía este trabajo es que la guerra contrainsurgente en ese país implicó un proceso dialéctico y complejo de desubjetivación y autonomía simultánea del sujeto femenino indígena por el que superó la condición de víctima absoluta y se colocó como sobreviviente en sentido político, es decir, con la esperanza de lograr un porvenir verdaderamente justo. Se comienza con una breve introducción, en seguida se abordan los aspectos metodológicos fundamentales, se continúa con los antecedentes, las causas y los factores subjetivos, y finalmente se presentan las trayectorias concretas de vida que determinaron las formas de participación de estas mujeres.

Palabras clave: mujeres indígenas, guerra contrainsurgente, guerrilla, participación política, resistencia.

Abstract

This article analyzes the main elements of the participation of indigenous peasant women in the Guerrilla Army of the Poor and in the Community of Population in Resistance-Ixcán, in Guatemala. The theoretical framework guiding this work is that the counterinsurgency war in that country involved a dialectical and complex process of de-subjectification and simultaneous autonomy of the indigenous female subject, through which she overcame the condition of absolute victimhood and positioned herself as a survivor in a political sense, that is, with the hope of achieving a truly just future. The article begins with a brief introduction, followed by a discussion of the fundamental methodological aspects, then addresses the background, causes, and subjective factors, and finally presents the concrete life trajectories that determined the forms of participation of these women.

Key words: indigenous women, counterinsurgency war, guerrilla, political participation, resistance.

Recibido: 26/06/2025

Aceptado: 24/10/2025

Publicado: 20/01/2026



Una razón para vivir, vencer.

Víctor Serge

Introducción

El objetivo del presente artículo es analizar las características principales de la experiencia de participación de las mujeres indígenas campesinas guatemaltecas en la organización política militar Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) y en la Comunidad de Población en Resistencia del Ixcán (CPR-Ixcán); esta última estaba conformada por un núcleo de población que se refugió en las montañas más inhóspitas de la región con el objetivo de salvaguardar la vida.

A diferencia de los análisis existentes sobre los impactos de la guerra en la vida de las mujeres mayas de Guatemala producidos en los años noventa, en los que principalmente se denuncian las graves violaciones a los derechos humanos contra la población indígena y que privilegian la victimización (Jonas, 1994; CEH, 2000; Sanford, 2001), en este trabajo se propone un enfoque complejo que integra al mismo tiempo tanto el análisis de las implicaciones del plan genocida del Estado como los distintos niveles de resistencia que las mujeres ejercieron. En efecto, más que víctimas absolutas, aquí se les considera «sobrevivientes» en sentido político. Esto es, se enfatiza la voluntad de vida y el ejercicio de poder del sujeto, así como el despliegue de todas sus capacidades humanas, físicas y sociales para sostener y continuar la vida, individual y colectiva, en medio del ataque sistemático a sus bases productivas y reproductivas. Para esta línea de interpretación me remito a la propuesta teórica sobre el concepto desarrollada por el sociólogo francés Michel Wieviorka (2001: 346).¹

Las fuentes básicas de mi interpretación sobre el tema son los análisis de los testimonios recogidos durante mi estancia de investigación de campo en la comunidad Primavera del Ixcán, fundada por familias cuyos miembros en su mayoría formaron parte de ambas organizaciones en el tiempo de la guerra. Esta comunidad se ubica al sur de la cabecera municipal de Playa Grande, en el departamento de Quiché —noreste de Guatemala—, que limita con el estado mexicano de Chiapas.

¹ Para este teórico, la sobrevivencia en condiciones de violencia extrema es a la vez pérdida de sentido y construcción de sentido; desubjetivación y subjetivación, es muerte y vida de la conciencia del sujeto.

La inclusión de dichos testimonios plantea interrogantes radicales sobre las formas y los niveles de participación y resistencia. Una de estas cuestiones es la siguiente: ¿cuáles fueron los motivos, objetivos y modos reales de las luchas de las mujeres indígenas y campesinas en el marco del EGP y de la CPR en esta parte del país?

Para dar respuesta a este interrogante capital parto de la ubicación histórica estructural de dichas mujeres como grupo específico —pluriétnico, migrante y campesino— dentro del cuerpo de actores sociopolíticos diversos que la historia guatemalteca ha generado en distintos momentos y regiones. Subrayo las consecuencias del proceso secular de despojo del territorio indígena, la destrucción de sus bases materiales y simbólicas, y cómo todo esto ha configurado un perfil especial del sujeto de estudio: su trayectoria vital, así como la subjetividad de cada una. Inclusive, dentro del grupo de mujeres que compartieron su experiencia, se identifican distintos tipos de casos concretos previos a la toma de las armas o a la vida en la selva.

En suma, en este artículo se exponen los elementos cualitativos que determinaron la participación de estas mujeres y la forma en que la llevaron a cabo, tomando distancia crítica frente a sus voces, pero también integrando su propia percepción de la historia. El estudio demuestra que el elemento central de su articulación con el plan y la práctica política militar del EGP y con la vida en la CPR-Ixcán fue la necesidad de sobrevivencia física vinculada inherentemente con el deseo y la esperanza de preservar y potenciar la existencia de su grupo social.²

Aspectos metodológicos

Resulta de primer orden mencionar que en la investigación que sustenta este artículo se tomaron los testimonios³ de las mujeres como fuente principal, pero

² Es importante hacer notar que esta línea de interpretación se sostiene también en el diálogo conceptual entre «utopía» y «esperanza». La primera se entiende en su núcleo de sentido, como rechazo y protesta del estado de cosas existente —en este caso rechazo de la política neocolonial y contrainsurgente del Estado en Ixcán— y por tanto deseo de algo mejor (Cantarero, 2007: 3). Y la segunda, la «esperanza», entendida como la capacidad de imaginar y anticipar otra realidad social, colectiva, viable o posible, producto de las condiciones históricas y arraigada en la propia trayectoria concreta de los sujetos sociales. Desde la perspectiva del materialismo histórico, la esperanza es manifestación a la vez que superación del instinto de conservación de la especie humana, por lo tanto, es histórica. Cada pueblo o grupo social tiene una esperanza acorde con sus condiciones materiales y sociales (Mandel, 2020).

³ Los testimonios se tomaron a partir de una concepción amplia que los coloca como interpretación compleja sobre los hechos del pasado, a través de los cuales se comunica subjetivamente la experiencia pasada propia y colectiva, no carente de una dimensión política y cultural manifiesta en

también como parte central de la memoria compartida de un grupo social vivo. Por lo tanto, la «información obtenida» ha tenido que ser procesada cuidadosamente, no solo como un conjunto de datos, sino como parte de la vida de sujetos con derechos. En este sentido, no se buscó dotar o no de validez a las experiencias de las mujeres desde la ciencia social, sino insertarnos en esas vivencias de la mejor manera posible, participando en el amplio proceso de reconstrucción de la memoria social que muchas de ellas llevan reelaborando desde hace décadas. Por esta razón, las inconsistencias, los «errores», las pluralidades o las «falsedades» expuestas en los relatos de sus recuerdos han sido, sobre todo, motivo de búsqueda de nuevas sendas explicativas sobre los hechos colectivos y no de invalidación, pues la relación entre memoria e historia es complementaria y, al mismo tiempo, de oposición (Halbwachs, 1968; Nora, 1984; González y Pagés, 2014).

Por lo anterior, el camino metodológico seguido se funda en el diálogo y en la relación bidireccional entre la historia como método y la memoria como tejido social; entre la subjetividad o la particularidad de los testimonios y la «objetividad» o la generalización de las conceptualizaciones sobre la dinámica, el conflicto y la estructura social.

No es nuevo que la historia se sirva de testimonios orales o escritos, sin embargo, lo novedoso está en la mirada dialéctica que ve entre ambos campos vínculos de retroalimentación crítica, donde las memorias no son ya solo la fuente de la verdadera historia o testimonios que es necesario *limpiar*; por el contrario, la historia está abierta a la visión y a los discursos propios de las memorias sociales para dialogar, debatir o aprender.

Los testimonios de las mujeres —las entrevistas— se estructuraron con la intención de reconstruir sus historias de vida⁴ precisamente porque el uso de este método biográfico en la corriente historiográfica de la historia de las mujeres ha partido sustancialmente del principio, formulado por el movimiento feminista de mediados del siglo pasado, de que «lo personal es político» (Bolufer, 2014).

La epistemología antropológica feminista también me permitió reconocer el compromiso político que los testimonios contienen a partir de una narrativa rebelde insoslayable, por lo que en la investigación me vi obligada a atender

la oralidad, por ejemplo. Además, se subraya el potencial crítico del testimonio frente a la historia oficial. Mi propuesta es retomar los testimonios como textos, discursos o narrativas disidentes, que ayudan a plantear cuestiones cruciales sobre el proceso organizativo y la lucha política de las mujeres.

⁴ Se entiende aquí como historia de vida la reconstrucción de la vida individual, expresada de manera libre pero cronológica y circunscrita a determinados núcleos temáticos que nos acercaron al conocimiento de la propia experiencia del conflicto social de las mujeres.

las derivas ético-políticas del posicionamiento de las mujeres ante la historia. Principalmente, adopté también un compromiso ético con su exigencia de justicia y con el hecho de que los acontecimientos tan violentos que sufrieron no vuelvan a ocurrir, ni a ellas ni a ningún grupo humano, y que se conozcan para evitar su repetición.

Muchas son las investigadoras que desde distintos campos de las ciencias sociales han propuesto instalar el proceso de conocimiento en el ámbito de la vida, intentando no romper las relaciones sociales que lo atraviesan e incluso tejiendo cierto nivel de colaboración entre los sujetos de la investigación. El objetivo en la mayoría de los casos ha sido contribuir conjuntamente y desde cada situación específica —como estudiosa, como testigo o como protagonista— a la justicia y a la transformación social (Hernández Alarcón, 2008; Fulchirone, 2011; Hernández Castillo y Canessa, 2012).

Fue dentro de este marco teórico metodológico situado (Harding, 1996) donde establecimos un acuerdo ético y social para llevar a cabo las entrevistas. Comunicué a cada una el motivo de mi interés en sus historias, la naturaleza de la investigación, los alcances, los objetivos centrales y la estrategia de recolección de información. Al principio de cada entrevista ofrecí siempre una breve aclaración sobre el tipo de investigación académica que me encontraba elaborando —histórica, feminista y comprometida con la justicia y el cambio social—, dimensioné los aspectos riesgosos y también beneficiosos de llevarla a cabo y subrayé su libertad para decidir formar parte o no del proyecto. La mayoría de las mujeres aceptó participar en la investigación con confianza y apertura, sobre todo por el deseo de dar a conocer lo vivido a más personas y a sus descendientes.

Las entrevistas se aplicaron a un «grupo focal» de aproximadamente 30 personas, integrado principalmente por mujeres que compartían una historia común y formaban parte de la comunidad Primavera del Ixcán,⁵ donde participaban de una misma estructura económica, social, cultural y política, pero ocupaban distintas posiciones en el sistema comunitario. A su vez, las mujeres tenían orígenes étnicos distintos y conformaban una comunidad multilingüe, aunque todas descendían de una raíz lingüística común: la maya. Al momento de las entrevistas sus edades oscilaban entre los 45 y los 70 años. Todas se consideraban campesinas

⁵ La convocatoria para participar en las entrevistas fue extendida por el Consejo Coordinador de Primavera del Ixcán (CCPI), órgano de administración y gobierno autónomo de la comunidad integrado por excombatientes o sus descendientes. Además de ser un cuerpo representativo de la comunidad, sus integrantes conocían mejor que yo a las personas que participaron durante los años de la resistencia. Su llamado fue escuchado en la mayoría de los casos.

y la mayoría se dedicaba a la milpa como actividad principal, además de a las labores domésticas.⁶

Antecedentes. Situación histórica estructural que determinó la participación y resistencia de las mujeres indígenas en el EGP y en la CPR-Ixcán

La mayoría de las entrevistadas vivía en Ixcán antes de que la guerra contrainsurgente se expresara con intensidad en la zona, aproximadamente a partir de 1970, mientras otras llegaron a causa del conflicto armado, ya sea por desplazamiento interno forzado o por su incorporación a la organización del EGP, agrupación que las ubicó en esta región para desempeñar funciones específicas.

Las que ya vivían en Ixcán —la mayoría— formaban parte de los centros de población organizados en torno al proyecto económico cooperativo denominado Ixcán Grande, que había sido fundado aproximadamente una década antes por el párroco católico Guillermo Woods como resultado de la política estatal de colonización de una de las últimas fronteras agrícolas del país.⁷

Estas mujeres provenían de familias pertenecientes a los pueblos indígenas asentados en el altiplano noroccidental durante siglos a causa del desplazamiento que produjo el despojo colonial de las tierras céntricas. Más recientemente, debido a presiones de los terratenientes y finqueros, permanecieron aisladas, discriminadas y atadas por generaciones a la explotación. No obstante, cansadas de migrar en las últimas décadas a las plantaciones de las zonas costeras del país, donde acudían en las temporadas de mayor necesidad de mano de obra para el sostenimiento de la producción agrícola de exportación, muchas familias optaron por formar parte de dicho proyecto de colonización de la selva que ofrecía tierras para sembrar.

Además del frente de ocupación impulsado por el Estado, hubo un grupo de colonos que tomó de forma independiente las nuevas tierras sin pertenecer a la

⁶ También compartían la característica de tener en el momento de la entrevista hijos migrantes en Estados Unidos. Es importante mencionar además que lograron distintos niveles de avance en su proceso de sanación física y emocional por la violencia.

⁷ El proyecto católico de colonización de la región selvática de Ixcán puede afirmarse que fue pionero debido a su propósito de incidir en la mejora de la vida cotidiana y a que se basaba en la concepción espiritual de la población maya. Este objetivo se enmarcó tanto en la vocación doctrinaria católica como en la nueva postura social y política desarrollada a partir del Concilio Vaticano II y de la Cuarta Carta Pastoral del arzobispo Mario Casariego de 1966, cuyos principios pueden englobarse en la preocupación por la tenencia de la tierra en pocas manos y el despojo como «un problema que toca a la relación de los hombres entre sí y Dios» (Vallejo, 2000: 16).

cooperativa o a los otros proyectos auspiciados por el Estado. Algunas mujeres que entrevisté procedían de este último frente de colonización.

Las familias que migraron y se integraron a la cooperativa Ixcán Grande formaban parte de un variado mosaico lingüístico y cultural, pero, con el objetivo común de trabajar y obtener la propiedad de las nuevas parcelas, aprendieron a comunicarse, a cooperar y a mantenerse unidas. En efecto, algunas mujeres que participaron en las entrevistas informaron, incluso, que habían nacido en Ixcán una vez instalados sus padres y que, por lo tanto, convivieron con personas de diversos orígenes mayas desde su primera infancia. Lo anterior muestra que las diferencias culturales no impidieron el fortalecimiento del proceso de colonización de Ixcán. El elemento aglutinador ante todo parece haber sido rechazar la pobre fertilidad y la limitada extensión de las tierras en las zonas frías como Huehuetenango y el sur de Quiché, y el deseo de vincular la producción agrícola con su correspondiente mundo simbólico.

La noticia de que en Ixcán había tierras fértiles para sembrar les llegó a través de los párrocos católicos de los pueblos o de familiares que ya se habían trasladado. Léanse al respecto, por ejemplo, los siguientes fragmentos de los testimonios de dos mujeres:

Mis padres son nacidos de Huehuetenango, los dos. Entonces creo que ellos bajaron desde el 75, tal vez 76, bajaron al Ixcán. Cuando ya estaban en Ixcán, yo nací aquí [...] Ellos no se metieron en cooperativa, solo agarraron su tierra propia, individual. Venían de la pobreza, porque aquí en Ixcán en esos años no había tanta población, es pura área libre, por decir. Dice que es un padre el que llegó a avisar con ellos que hay que ir en Ixcán los que quieran ir. Él los guio. Se agrupó la gente y se vinieron. Había más tierra que allá. Mi abuelo es de los primeros que llegaron.⁸

Mi papá nació en el departamento de Quiché, área ixil. No tenía comunidad, era aldeíta. Se dedicaba al machete, era campesino. Mi papá sí tuvo que migrar a las fincas de la costa sur a trabajar. Luego se fueron a Nebaj [...] No hay escuela [no tuvo oportunidad de estudiar], trabajaba yo, guataleaba [limpiar y trabajar la tierra], cosechaba papa, tapisca de maíz, limpiar la milpa, tejer la ropa, este es nuestro trabajo.⁹

⁸ Alicia S., comunicación personal, Primavera del Ixcán, Guatemala, abril de 2024. Por respeto al acuerdo de cuidar la identidad de las mujeres que compartieron sus historias, se usan nombres de forma abreviada.

⁹ Magdalena H., comunicación personal, Primavera del Ixcán, Guatemala, abril de 2024.

Como parte de las aldeas, comunidades y pueblos cuya dinámica aún estaba marcada por los resabios colonialistas, la mayoría de ellas resentía directamente en su vida los efectos de una política y una economía nacionales racistas y desiguales. Por mencionar un ejemplo más reciente, en algunos casos sus familias habían sufrido la persecución y el despojo durante la contrarreforma agraria impulsada a partir de la contrarrevolución de 1954 de acuerdo con los intereses del gobierno guatemalteco impuestos desde Estados Unidos.

«A pesar de que uno de los principios de la política colonial fue la preservación de las tierras comunales de indios, desde la colonia las comunidades indígenas perdieron la mitad de sus tierras» (Lastarria-Cornhiel, 2012: 16), lo que afectó profundamente la vida material y simbólica de las mujeres mayas en la medida en que desde tiempos inmemoriales su cultura ha estado organizada en torno a una concepción y a una práctica profunda del territorio.¹⁰ La desestructuración de la integridad económica y cultural de las comunidades indígenas constituye la principal causa de la desubjetivación, es decir, de la pérdida de la capacidad de autodeterminación del sujeto femenino indígena, lo que además se convirtió con el paso del tiempo en una especie de normalidad que sistemáticamente afectó sus cuerpos y su psicología.

Además, la formación de la nación guatemalteca significó el triunfo de un modelo de poder racista, clasista y patriarcal, con raíces en los 300 años de colonización española. La «patria» fue en realidad la «patria del criollo» (Martínez, 1970). El Estado liberal atacó abiertamente la propiedad comunal de la tierra, intentó destruir las comunidades indígenas, promovió la propiedad privada y permitió que los terratenientes ladinos despojaran de las tierras a los ejidos y comunidades indígenas para formar latifundios azucareros, cafetaleros y ganaderos (Lastarria-Cornhiel, 2012: 24).

La política del Estado guatemalteco ha sido en la práctica una verdadera embestida contra la organización, la riqueza y los cuerpos de las mujeres indígenas. Como campesinas, han carecido de apoyos para la producción y han padecido una triple carga de trabajo —la milpa, la casa, el comercio—. Por ejemplo, las relaciones finqueras y patriarcales siguen impidiendo hoy en día que ellas sean propietarias (Hernández Alarcón, 2011).¹¹

¹⁰ Para ellas el cuerpo y la tierra son dos dimensiones entrelazadas en la red de la vida porque «reconocemos que tanto el cuerpo como la tierra son espacios de energía vital que deben funcionar en reciprocidad» (Cabnal, 2019: 113).

¹¹ En 2005, en Guatemala aún el 84 % de los propietarios de tierras eran hombres y el 16 %, mujeres, según datos del Instituto Nacional de Estadística y de la Secretaría Presidencial de la Mujer (SEPREM) (Hernández Alarcón, 2011).

Esta tendencia atravesó todas las trayectorias individuales dentro del entramado comunitario, aunque con consecuencias diversas dependiendo de aspectos tan cruciales como la identidad de género y el lugar ocupado en la dinámica local. Esto resultó en una jerarquía familiar que en varios casos reprodujo desigualdades internas.

Durante el periodo previo a la guerra, se identificaron dos tipos principales de situaciones personales entre las mujeres que se incorporaron posteriormente a la lucha. Por un lado, estaban aquellas que no lograron sanar el dolor y la herida familiar debido al alto grado de desintegración —desubjetivación—; por otro, las que consiguieron acceder a mejores condiciones familiares y materiales, lo que les permitió neutralizar en algún grado la violencia estructural.¹² A pesar de este matiz, en todos los relatos figura una cotidianidad signada por el trabajo en casa y en la milpa, así como por la búsqueda continua de formas para satisfacer lo necesario y por la convivencia dentro de una estructura colectivista.¹³

No obstante, incluso en las relaciones cooperativistas se mantuvieron las formas patriarcales de poder. De niñas, muchas de las mujeres sufrieron violencia y explotación de su fuerza de trabajo: se dedicaban a labores domésticas, además de que tenían que ayudar en otras tareas, como en el acarreo de agua, en la milpa o en el comercio. Varios testimonios reflejaron relaciones familiares rotas, abusivas y de rechazo, condiciones intensificadas por la pérdida de la madre o de un ser cercano protector. Como ejemplo, tómese en cuenta el siguiente testimonio:

Ahí llegué a los 12 años. Cuando estuvimos allí cosechamos cardamomo, café. Después de regresar del trabajo de la milpa, hacemos el trabajo en la cocina también. Entonces, como mi madrastra ya no es lo mismo como la mamá, entonces yo regreso a trabajar, a cargar agua, a moler, a hacer oficio, y si no lo hacía me pegaba mucho. Tuve una vida muy con dolor, es decir, como muy discriminada [...] Llegué a los 15 años, cuando se vino la represión, cuando empezó la guerra, en el 82.¹⁴

Situaciones de este tipo impulsaron a muchas a abandonar la casa familiar en busca de mejores formas de convivencia.

¹² En todo caso, en ambas situaciones las mujeres ocuparon siempre el último escalón en la agresiva jerarquía social.

¹³ En las cooperativas, las mujeres y los hombres aportaban trabajo y recursos en la medida de sus capacidades para el bienestar común sin importar el origen étnico. En ese contexto, las mujeres, en su niñez, adolescencia o juventud, contribuyeron con su trabajo a la producción y reproducción de la «naciente» comunidad.

¹⁴ Fabiana P., comunicación personal, Primavera del Ixcán, Guatemala, abril de 2024.

En resumen, los factores objetivos que determinaron la acción rebelde de las mujeres fueron: a) ser víctimas de violencia y de explotación sistemática como política y estructura de Estado, b) pertenecer a un grupo social específico: migrante interno indígena, pluriétnico, de reciente asentamiento y creciente complejización de las relaciones económicas internas —frustración del proceso—, y c) la existencia y presencia directa de las organizaciones comunitarias y revolucionarias armadas en una región que, por su situación geográfica y social, se hizo propicia para el tipo de movilización que se llevó a cabo: la guerra de guerrillas.

La estructura social dominante en Guatemala ha orillado a la sociedad indígena a una continua desintegración, que en términos de construcción del sujeto puede denominarse proceso de «desubjetivación». Esto significa la pérdida de la capacidad de toma de decisiones de forma autónoma, así como la cancelación del sentido y de la práctica propia de vida, lo cual solo puede resultar en enfermedad, muerte y abandono. Precisamente, estas fueron las primeras barreras que ellas tuvieron que sortear durante generaciones de manera sistemática. Del instinto del miedo tuvieron que transitar a la valentía de no callar su coraje, a reconstruir los afectos y a llevar a la práctica sus sueños.

Cuando el ataque gubernamental contra las comunidades de Ixcán comenzó a producirse a partir de mediados de los setenta, el sujeto femenino indígena ya se encontraba inmerso en una confrontación directa entre las tendencias a la cosificación y a la autonomización. Esto se agravó después de 1982, año en que se documentó la perpetración del genocidio (Drouin, 1982), cuando la violencia contrainsurgente, desplegada con toda su fuerza, llevó la situación al límite.

Factores subjetivos y situaciones concretas ante el creciente conflicto social

En el apartado anterior mencioné cómo la llegada de las familias a Ixcán no siempre significó el inicio de mejores relaciones para algunas mujeres, puesto que el arraigo de la violencia patriarcal limitó su desarrollo. Sin embargo, también es importante subrayar que en la mayoría de los casos la mejora de las condiciones económicas sí fortaleció el cuidado familiar e individual de las más jóvenes, lo que les permitió, por ejemplo, acudir a centros escolares y acceder a la educación formal. En este sentido, factores de otro tipo, como la posición ocupada por los padres en la dinámica comunitaria —en las relaciones de poder local—, cobraron importancia en el cuadro de fuerzas que propiciaron su participación.

En general, se puede hablar del «éxito» de la cooperativa y de los parcelarios independientes porque, basándose en los principios y prácticas del esfuerzo común, la cooperación y la solidaridad, lograron el objetivo primordial de ofrecer una producción importante y suficiente para las familias. En algunos casos, también cubrieron las necesidades de un mercado creciente de exportación. Véase el siguiente testimonio de Araceli:

Cuando mi papá no tenía dinero todavía para pagar a la gente hacía cambio de mano. Sembraba hasta 100 cuerdas y tenía que buscar hasta 30, 40 personas para apoyar en el trabajo. Conforme venían los hombres, también venían las mujeres para apoyar en la cocina. En ese tiempo hacían el trabajo en colectivo. Hacían una ceremonia antes de que iban a sembrar y también antes de que empezaran a tumbar. Hacían su rezo, pedían permiso antes de tumbar el monte. Igual con la siembra y con la levantada del maíz. Adoraban el dios del maíz (Araceli, en Menting, 2023: 137).

El acceso a la tierra no solo permitió el desarrollo económico de la población, también fue la base de un nuevo horizonte de desarrollo personal, cultural y político. De aquella etapa, muchas recuerdan las mejoras significativas en su vida y, en general, el ambiente armonioso. La cooperativa Ixcán Grande, en la que participaban cinco centros de población, funcionó así como un mecanismo de producción y reproducción social efectivo, y en prácticamente una década recuperó el tejido comunitario indígena.

En ese marco, una de las razones principales de la lucha iniciada por las mujeres y sus familias en esta parte del país contra las fuerzas armadas del Estado desde el inicio de las hostilidades fue su gran frustración por la destrucción del proyecto económico, social y cultural cooperativo agrícola que habían levantado con tanto esfuerzo. No se trataba solo de la pérdida de la mejora material, que ya es mucho decir, sino de la cancelación de un horizonte de esperanza de mayor prosperidad, además del coraje por la brutalidad de los ataques contra la población y de la rapidez con la que se llevaron a cabo.

La violencia comenzó a principios de los años setenta en forma de crecientes actos de intimidación que alteraron la cotidianidad y la paz que habían logrado las familias campesinas. Las patrullas del ejército nacional comenzaron a vigilar a personas calificadas como sospechosas por ejercer algún liderazgo en la zona, principalmente de tipo religioso y cooperativista. Las acciones se intensificaron cuando el gobierno supo que en los alrededores de los centros cooperativos había presencia de un grupo guerrillero. Comenzaron los interrogatorios y robos

de la producción agrícola. La mayoría de las mujeres que entrevisté, que aún eran niñas o muy jóvenes en aquella época, recordaban cómo las personas adultas comenzaron a cuidarse y a modificar sus rutinas. A través de comunicaciones de vecinos o conocidos en lugares lejanos, se enteraron de lo que estaba ocurriendo en otras regiones y pueblos del país. Se escuchaba entre la población: «Ya viene la guerra».

Poco después, la presencia de la organización revolucionaria armada¹⁵ muy cerca de las tierras de la cooperativa Ixcán Grande, y muy cerca también del proyecto extractivista del Estado denominado Franja Transversal del Norte, provocó la agudización del conflicto. En un momento en que las relaciones de los cooperativistas y parcelarios con el gobierno y el ejército no eran idóneas, la noticia de la existencia y formación de un ejército rebelde en el área influyó en la decisión de la población de apoyar a este grupo. A partir de entonces, la cotidianidad de las campesinas se vio directamente afectada por la estrategia militar del Estado en la región.

La primera manifestación pública armada del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), concretamente el asesinato en 1975 de Luis Arenas, un finquero de mucho poder en la zona conocido como el Tigre del Ixcán, fue el punto de no retorno en el curso político y militar en la región y, podría decirse, en el país. Después de este hecho, el ejército comenzó a controlar los movimientos de la población, exigía papeles de identificación, pases y censos para detectar a las personas ausentes, vigilaba las horas de tránsito, y controlaba la producción, las compras y las ventas, entre otras acciones de fuerza (Falla, 2015: 98) que, además de generar zozobra, dañaban la dinámica económica de la población.

La intervención en las relaciones comerciales de los productores a través de la introducción del sistema de transporte aéreo militar, que no era eficiente, la política extractivista del Estado en alianza con grandes compañías de explotación mineral —el llamado Proyecto 520 (Vargas, 1984; Falla, 2015)—,¹⁶ más la muerte

¹⁵ El EGP, que hacia 1972 se hizo presente en la selva del Ixcán, entre los departamentos de Huehuetenango y Quiché, en esa época replanteó formas y objetivos estratégicos con base en las enseñanzas de la derrota de la primera fase insurreccional en los años sesenta en el oriente del país. Esta organización sí tuvo una visión de integración de la población de origen indígena y campesino.

¹⁶ El proyecto de colonización 520 se llevó a cabo a partir de 1975 por medio de la Agencia Internacional para el Desarrollo de Estados Unidos (USAID) y el Instituto Nacional de Transformación Agraria (INTA); fue el cuarto proyecto y último antes de las masacres. En él, según Falla (2015), el ejército tuvo gran presencia, la entrega de títulos se retrasó y se amenazó a los beneficiarios con subdividir sus parcelas. Este proyecto ya no respondía a los objetivos de desarrollo ganadero, agrícola y maderero de la primera fase de colonización, sino que se convirtió en un accesorio a los

del padre Woods presuntamente con la participación del ejército, fueron factores que finalmente llevaron a los cooperativistas a decidirse por apoyar a la guerrilla.

Como ejemplo de los profundos sentimientos de dolor y frustración¹⁷ que experimentó la población debido al impacto del nuevo «ambiente», destaca la reacción, entre lágrimas, que varios años después del suceso seguía causando la muerte del párroco Guillermo Woods: se trató de un duro golpe por el aprecio que le tenían¹⁸ gracias al apoyo desinteresado que siempre les ofreció y al progreso económico que les ayudó a conseguir. Así, la creciente militarización y el clima bélico agudizaron la conciencia del campesinado, e inició un proceso de incorporación masiva de las comunidades y aldeas mayas al movimiento revolucionario.

Guerra: entre la vida y la muerte

En Ixcán, el conflicto político entre, por un lado, campesinado/comunidad indígena y, por otro, Estado/militares/capital extranjero alcanzó su mayor intensidad antes de 1980.¹⁹ Previo a la integración masiva de las comunidades indígenas al

proyectos de explotación/control del territorio, donde la presencia de grandes empresas como Exmibal ya era clara y abierta —las compañías extranjeras y el Estado guatemalteco firmaron un convenio el 17 de julio de 1975—. Las empresas petroleras habían situado sus exploraciones y perforaciones en las áreas CC, E, F, G y H —denominación oficial—, es decir, en la zona fronteriza entre México y Belice; estas áreas de explotación petrolera estaban adyacentes a los mantos denominados Reforma en México.

¹⁷ En la amplia teoría social existente sobre el tema del conflicto, a pesar de sus diferencias, muchas corrientes coinciden en un punto: una de las principales causas desencadenantes de las luchas armadas revolucionarias en la historia de la humanidad ha sido la frustración debido a expectativas sociales no cumplidas, truncadas violentamente entre los sectores medios o bajos como resultado de los intereses de las elites gobernantes y económicas dominantes en cada contexto histórico. A su manera, y desde cada línea teórica específica, autores como Marx y Engels (1848) y otros que se adscriben a la teoría «conflictualista» como Coser (1956), Rex (1961) y Dahrendorf (1962), conciben la lucha social como procesos de dominación y de negación de esta, es decir, de resistencia.

¹⁸ Testimonio audiovisual de la época: *Ixcán: tierra, lucha y esperanza* (Asociación Comunicarte, 2006).

¹⁹ La primera mitad de la década de los ochenta en Guatemala se caracterizó por la crisis del Estado, la lucha frontal interburguesa y el encumbramiento de la facción militar. Todo esto se reflejó en la consumación de violentos golpes de Estado que abrieron una gran inestabilidad política. En este contexto, la estrategia contrainsurgente se aplicó sistemáticamente para eliminar de raíz los elementos que se consideraban agravantes de la crisis, en especial el movimiento insurgente. Efraín Ríos Montt aplicó, generalizó y reforzó la estrategia de *tierra arrasada* en las regiones de mayor presencia indígena con apoyo de los militares estadounidenses. Por su parte, las organizaciones sociales en la ciudad y en el campo experimentaron una reagrupación y se movilizaron para reclamar sus demandas en favor de los desaparecidos, los asesinados, la paz y el campesinado indígena. Las organizaciones guerrilleras, desde sus distintas ubicaciones, también se reorganizaron y enfrentaron exitosamente, en muchos casos, a las fuerzas armadas proestatales.

EGP o a la CPR,²⁰ las mujeres experimentaron la fractura del tejido cooperativo, la desintegración familiar y la huida o desaparición de personas conocidas, esto es, el retroceso de su mundo comunal/cooperativo como sistema propio de organización. La lucha histórica entre antagonismos sociales irreconciliables, con proyectos políticos opuestos y en el marco de una jerarquía social racista y patriarcal, se presentó de nuevo, pero bajo el ropaje de una guerra asimétrica. La estrategia contrainsurgente fue diseñada para actuar contra los grupos armados revolucionarios y, al mismo tiempo, contra las poblaciones campesinas no armadas, con el objetivo de eliminar la base social de la guerrilla y, de esta manera, evitar que se desarrollara una «rebelión campesina desde abajo» (Vela, 2013: 161). El resultado fue uno de los genocidios más atroces del siglo XX, especialmente en 1982.

Las mujeres y los hombres de Ixcán solo tuvieron dos opciones: huir y refugiarse en México —en un lugar de la zona fronteriza llamado Puerto Rico— o permanecer en la zona selvática para integrarse a la autodefensa armada o a la resistencia civil. Quienes se mantuvieron en Ixcán decidieron hacer frente, junto con la organización guerrillera, a las fuerzas armadas y paramilitares. Revisemos el ejemplo de Alicia, quien fue combatiente del EGP durante casi una década:

Pues no había otra salida. Lo único fue agarrar un arma. [...] como había mucha gente, pues una se anima. Pero sí fue difícil porque no fue una alegría, estás entre muerta en cualquier momento. Si te toca, estás claro que te quedas ahí, y si no, pues... solo Dios con una... pero ahí estuvimos. Es difícil, está duro, pero pasamos...²¹

También hubo quienes, sin formar parte de los centros de población cooperativos, pasaron del abandono, la marginación y la supervivencia cotidiana en sus aldeas a formar parte de la organización guerrillera, y por esta llegaron a Ixcán. Se trató de niñas y jóvenes que vieron en la integración a la guerrilla, en algunos casos, una forma de alejarse de un núcleo familiar doloroso y, en otros, una opción para terminar con el hambre y el desprecio, para cambiar sus vidas. En general, el deseo de aferrarse a algo mejor en medio de la incertidumbre las llevó a relacionarse con la guerrilla y a aceptar e integrar su propuesta. Un ejemplo de esto fue el caso de Juana C., quien en su testimonio relató la odisea que tuvo que vivir desde muy pequeña antes de integrarse al EGP. Afirmó que, cuando aún era niña, un «compañero» un poco mayor, al verla abandonada y con muchas caren-

²⁰ Las CPR se formaron en 1983 integradas por familias y personas que se internaron en las montañas selváticas para salvar la vida.

²¹ Alicia J., comunicación personal, Primavera del Ixcán, Guatemala, abril de 2024.

cias, le hizo reflexionar sobre la posibilidad de formar parte de la organización. Asimismo, mencionó que sentía el deseo de conocer a los guerrilleros, quienes, según se decía, andaban cerca, y de irse con ellos. Incluso, Juana recordó que los imaginaba, figurativamente, como animales libres en la montaña.²²

Este testimonio muestra el nivel más subjetivo e íntimo de la decisión de pertenecer a la organización armada y a la resistencia civil. Refleja la raíz más concreta y urgente de la participación de las mujeres, pues no solo cuestiona el marco general de desigualdad social en que se explotaba a las indígenas, sino las relaciones filiales como motor directo de la decisión de «alzarse», en la cual también influían factores como la edad, el género y la posición dentro del entramado familiar y comunitario. Estas niñas, sin nada que perder, vieron en la militancia la posibilidad de conseguir su libertad, poner fin a los desprecios y defender su dignidad personal.

Otro de los testimonios en el mismo sentido es el de Catarina, quien afirmó que su participación en el EGP estuvo motivada principalmente por «no tener familia». Es decir, como no tenía parientes cercanos que la mantuvieran en la CPR —aún con la posibilidad de tener una familia adoptiva—, prefirió «alzarse» porque le «llamó más la atención». Afirmó que en la guerrilla se sintió más libre porque pudo realizar trabajos de su elección y permanecer fuera de casa —formó parte del grupo de transporte de alimentación—.²³

En ese contexto, el EGP primero y la CPR después se convirtieron en dos entidades autónomas, pero relacionadas entre sí, que llenaron el vacío de seguridad y legitimidad que había dejado el Estado en la zona. Al mismo tiempo, dichas organizaciones funcionaron primero como refugio de niñas y jóvenes desamparados, y luego como autoridad.

Conviene aclarar en este punto que la llegada del EGP a la región no ocasionó la guerra, porque las contradicciones ya existían donde se asentó; sin embargo, su presencia, su discurso y su ataque a las fuerzas del gobierno alentaron la decisión de los habitantes de enfrentarlas también. La sola presencia del EGP, sin la predisposición de las comunidades y de las mujeres a colaborar y confluir con la guerrilla, no hubiera sido suficiente para que cientos de jóvenes se «alzarán». A continuación, se muestra otro testimonio del proceso de incorporación a la guerrilla de una mujer joven. Después de que el ejército provocó su huida de Nebaj, el pueblo donde vivía y donde habían nacido sus padres, ella se incorporó a la guerrilla:

²² Juana C., comunicación personal, Primavera del Ixcán, Guatemala, abril de 2024.

²³ Catarina T., comunicación personal, Primavera del Ixcán, Guatemala, abril de 2024.

Ya no estuve en la población, vamos a ir a combatir [...] el ejército quemó nuestra casa [...] es masacre lo que hizo el ejército, en el 83, fue duro nuestra vida, mataron a los niños [...] porque lo llevaron mi papá, lo llevaron toda mi familia, entonces yo sola me quedé. Entonces, ¿qué voy a hacer? Yo no puedo estar con la gente, es con la guerrilla que me fui [...] Mejor, lo que hice, me metí en la guerrilla.²⁴

En el caso de las mujeres de la cooperativa, cuya primera relación con la guerrilla fue a través del abasto de provisiones y el intercambio de bienes básicos para la sobrevivencia, esta necesidad primaria se profundizó más adelante. Muchas jóvenes decidieron ser combatientes o se integraron a la formación política a partir de los hechos de violencia que cambiaron para siempre el devenir de los pueblos:

Ya hay maíz, crecen rápido los coches, entonces, con eso estamos con gran orgullo, tenemos pollos también y no hay enfermedad en los pollos [...] estamos contentos... Ya cuando supimos nosotros, vimos nosotros, un cerro para allá, cuando vimos [que] los palos de la casa están ardiendo allí, nosotros lo avisamos con los vecinos. ¡Ah!, eso dijeron, son los soldados que ya mataron a la gente. ¿Y por qué?, dijimos nosotros... Por eso ya nosotros nos vamos [a la montaña], dijeron.²⁵

Cabe mencionar también los casos de varias mujeres que, después de haber salido de sus comunidades hacia ciudades del país o a México para protegerse, decidieron regresar a Ixcán para formar parte del movimiento armado:

[En la ciudad de Guatemala] Yo seguí trabajando y una vez que llegué a la casa mi hermana me dijo «yo me voy a ir» [a incorporarse a la organización] y que la acompañara a dejarla en la zona 12. Llegamos a una casa y cuando entramos estaba un compañero con otros más. Estaban muchos patojos como de dieciocho años para adelante, no sé cuántos eran. Llegó la persona que los debía llevar, mi hermana me dijo: «yo aquí me voy a quedar, te puedes ir». Se fueron [a la selva] y yo me quedé (Fundación Guillermo Toriello, 2020: 36).

Las motivaciones que llevaron a muchas jóvenes a integrarse a la guerrilla oscilaron entre la necesidad, el objetivo político —justicia—, los lazos de pertenencia y la afectividad. El testimonio citado arriba muestra esta situación, pues las dos hermanas experimentaron razones diferentes para «alzarse»: una por motivos po-

²⁴ Juana B., comunicación personal, Primavera del Ixcán, Guatemala, abril de 2024.

²⁵ Crisanta G., comunicación personal, Primavera del Ixcán, Guatemala, abril de 2024.

líticos —su familia había sufrido persecución por su compromiso comunitario— y la otra por afecto a su hermana:

Entonces me dijo el compañero, «y qué, ¿estás triste, te quieres ir con ella?». «Sí», le dije. «¿De verdad? Te voy a mandar a un campamento». «Vaya», le dije. Pero yo ni siquiera sabía dónde se había ido mi hermana ni qué era un campamento. Nada, no me habían reclutado, nada. A mí no me había dicho nada, mi hermana sí sabía y a ella la mandaron a Nicaragua [...] Como me había dicho que podía encontrar a mi hermana, lo acepté (Fundación Guillermo Toriello, 2020: 36).

El aspecto afectivo constituye un rasgo que caracteriza la participación femenina campesina y le confiere originalidad frente a las experiencias y motivaciones urbanas, masculinas y letradas. Por motivos como amor filial, cariño o el hecho de estar en compañía —aparentemente sin valor político— siguieron a padres, hermanos, hermanas o familiares. Este motor de la acción guerrillera influyó en la incorporación de cientos de personas también en otras regiones, por lo que puede sugerirse que el sentido de pertenencia y el afecto fueron dos ejes de la participación indígena campesina. Por ejemplo, en el caso de las mujeres que se unieron a las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) en el Petén durante la misma época: «Una compañera compartió que se unió a la guerrilla porque a su esposo lo desaparecieron y ella no quería quedarse sola con sus hijos y embarazada en la aldea, pensó que ahí encontraría a toda su familia» (Solé, 2020).

De hecho, las mujeres huérfanas que se incorporaron a la guerrilla mencionaron que en ella encontraron una especie de «nueva familia». Asimismo, en la CPR, personas adultas o con más fuerza cuidaban a niños y niñas que no tenían familiares, así como a adultos enfermos y a heridos. En general, se forjaron fuertes vínculos de cuidado mutuo. La convivencia en los campamentos y refugios en las montañas y la selva, aún dentro de las rígidas normas disciplinares, fue esencial para abrirles la posibilidad de creer en el futuro y soñar con un nuevo tiempo.

12 años estuvimos corriendo, solo con maletas estamos. Hay veces que de noche nos atacan también, salimos de noche. Esos cocuyos, entonces los juntamos [las luciérnagas], ellas son nuestro foco. Como tienen su luz, lo juntamos, lo metemos en un nailo [bolsa de plástico], ya de día los soltamos.

Y los niños que estudiaron en la montaña puro con carbón, en el pared en palo de cajete, lo planeaba el profesor; el que tiene su grado de primer grado, de segun-

do, de tercero, de quinto, ellos ya son maestros de los niños chiquitos. Pusieron sus banquitos.

Como terminó la ropa, entonces lo hicieron así. Los refugiados en México daban ropa, como no hay hilo, aunque, ¡saber cómo está!, pero lo pusimos nosotros.

Yo la primera vez que estaba allí inyecté a la persona, los niños que están con el colmoyote, me asignaron para inyectarlos; son animales que traen los moscos. Los que tienen mamá, ellos son los que lo destripan, pero los que no tienen mamá, los huérfanos, los que se murieron su mamá, ¿quién por ellos? Nadie...²⁶

Ella los cuidó.

Las «pequeñas acciones» que compartieron en las entrevistas dan cuenta del inmenso mundo provisional y creativo en el que se concretó la organización. Sin embargo, este cuadro de acciones queda incompleto si no tomamos en cuenta que, como sugiere Tzul, «para comprender la prolongada, sostenida y aguerida lucha de las comunidades indígenas, es preciso leerlas como el resultado de un acumulado histórico de estructuras que gobiernan, defienden y recuperan sus tierras y todo lo que lo contienen» (Tzul, 2019: 108).

Las mujeres actuaron de acuerdo con una forma comunal de ejercicio de la autonomía. Su forma de hacer política y de enfrentar la guerra genocida se desarrolló sobre un fuerte sentido histórico y cultural. Tal dimensión se evidencia en la presencia de valores, ideas y símbolos en los testimonios: «En otras palabras, la experiencia guerrera de sacrificio colectivo impone un particular conjunto de valores que enlazan, como diría Edmund Burke, a los vivos, a los muertos y a los todavía no nacidos en una sagrada comunión» (Malesevic, 2015: 11).

Precisamente sobre la visión colectivista de la población de Ixcán y su valor estratégico para la organización armada, Roddy Brett retoma el fragmento de un testimonio de un excombatiente del EGP:

Operábamos bajo la presunción de que la población de Ixcán era proclive a nuestra ideología y objetivos, dada su visión política de cooperativismo. Cabe mencionar que, por eso también, la estrategia de implantación en el Ixcán era clave para el desarrollo militar y político de la guerrilla (Brett, 2007: 44).

Los siguientes testimonios revelan la sistematicidad del plan destructivo del Estado en Ixcán, que buscó, además de la destrucción física del enemigo, la des-

²⁶ Crisanta G., comunicación personal, Primavera del Ixcán, Guatemala, abril de 2024.

aparición de una fuerza social potencialmente peligrosa desde su óptica, siempre bajo la justificación ideológica del *enemigo interno* a desarticular:

Nosotros recordamos todo lo que pasó en el 82. Yo era niña, era pequeña y crecí atrás de la gente; no tengo papá, mamá, soy huérfana, se murieron en 82, en 82 los mataron mi papá, mi mamá. Los quemaron, nos quemaron la casa, recordar eso cómo duele, que nos correteaba el ejército. Nosotros vamos sin comida, sufrimos mucha hambre, mucha sed, me quedé huérfana, se murieron mis hermanos, mis hermanas, mis tíos, los mataron todos. Estábamos escondidos en una casita y llegó el ejército y llevaron todos mis hermanos, mis tíos; a parte es que murió mi papá, mi mamá, llegaron a terminar a la familia [...] y pasó los años, ahí voy atrás de la gente, ya soy huérfana [...] yo pegué detrás de la gente y llegue aquí en Ixcán, bien lejos de donde vivía yo antes. Sí, gracias a Dios pegué atrás de la guerrilla y me alcé, ya soy grandecita, voy detrás de ellos, me dieron de comer, crecí, fui al entrenamiento. Si lo saco bien, pues, va al combate [...] la voluntad de mi fue de participar porque recuerdo todo lo que nos hizo el ejército [...] yo antes me enfermé mucho por la tristeza.²⁷

Juana J., por su parte, que entonces tenía 17 años, recordó lo siguiente:

El mismo ejército nos sacó de la casa, nos correteó. Nos mandaron abajo la montaña, por eso sufrimos, por eso dejamos nuestra casita. Todos nuestros animales los mataron, comieron coche, comieron pollos, chuntos, todo lo hicieron [...] Siembran los hombres el maíz, ya ellos llegan con sus helicópteros, comienzan a ametrallar, después bajan de ese helicóptero, salen los soldados [...] Vino cinco, seis, siete helicópteros de un jalón, a parte del que está dando vueltas, otro el que está dejando más soldados en el suelo. Se van a acortar la milpa, ya cortaron un buen pedazo, viene un A-37, chulo de balacera viene dejando ese avión. Así nos hicieron.²⁸

En términos semejantes, Rosa M. expresó lo siguiente:

Después entré en la escuela, ya venía la guerra, pues. La gente decía, «todos se van para México». Nosotros, con mi familia, no estamos de acuerdo para ir a México [...] Cuando comenzó la guerra todos se fueron en el pueblo y nosotros no nos fuimos, no vamos a ir, vamos aquí estar esperando. Ya cuando escuchamos, como una o dos horas de aquí, escuchamos las bombas, todo los soldados lo regaron en un lugar que le dicen Cuarto Pueblo, ahí estábamos. Entraron ahí a las 10 de la mañana, comenzó

²⁷ Manuela T., comunicación personal, Primavera del Ixcán, Guatemala, abril de 2024.

²⁸ Juana J., comunicación personal, Primavera del Ixcán, Guatemala, abril de 2024.

la guerra encima de la gente, nosotros estábamos en nuestra casa [...] la gente decía, «nosotros no debemos, ¿para qué corremos?, vamos en la iglesia, vamos en el pueblo, de domingo hay misa, vamos en la iglesia, no debemos nada, ¿para qué nos va a hacer daño los soldados?» [...] Según otras personas, vecinos que se escaparon, decían ellos que los encerraron en la iglesia, los evangélicos, los católicos, todos los que están adentro, están orando, no se corrieron y ahí se aprovecharon, cerraron las casas, las iglesias y comenzaron a quemar, a agarrar, a capturar, a matar la gente. Y ya nosotros, mi papá dice, «no nos vamos a ir, vamos a estar aquí». Ya después hay otras personas que dicen, «ya váyanse mejor, ya va a venir» [...] Cuando escuchamos ya había bulla, el humo, ¡qué gritar! Pasan en el camino, «¡váyanse a la montaña, váyanse abajo de sus cardamomos porque ya vienen los soldados!». Que creímos que solo en el centro... y nos fuimos a la montaña [...] nos fuimos la gente, otros se fueron, otros se murieron, y nos organizamos.²⁹

A partir de hechos de extrema violencia como los mencionados, la normalidad de las comunidades se convirtió en un tablero de ejecuciones masivas; desde la perspectiva del poder, las mujeres y sus familias eran consideradas víctimas incapaces de sobrevivir al hambre, al acoso, a la enfermedad, al miedo y a los soldados. Sin embargo, según lo expuesto, pudieron reestructurarse en nuevas agrupaciones de emergencia para su protección y autodefensa.

El tejido civil resistente de la CPR en la selva significó la diferencia entre la vida y la muerte para muchas personas:

Yo quedé en Ixcán porque conseguí pareja, mi esposo, encontré mi marido y por eso quedé ahí. Estoy viva porque yo regresé. Yo quedé en la población [CPR]. Regresé en la población, por eso estoy viva. Creo que, si sigo yo estando con ellos [los combatientes del EGP] ¡quién sabe!, porque también hubo el combate, hubo muy fuerte después, a poco tiempo que iba a terminar.³⁰

La CPR cambió con los años. Tras la improvisación y la convivencia casi plena con la naturaleza, inició un proceso de formalización política como mecanismo de vinculación y coordinación entre la población civil y el organismo armado — las comunidades aprovisionaban a las personas combatientes y estas ofrecían protección—. Más tarde, las CPR se constituyeron en el puente desde el cual se construyó una comunicación pública y pacífica con el mundo exterior, con representantes de la Iglesia y organismos internacionales.

²⁹ Rosa M., comunicación personal, Primavera del Ixcán, Guatemala, abril de 2024.

³⁰ Magdalena H., comunicación personal, Primavera del Ixcán, Guatemala, abril de 2024.

En el sistema reproductivo que se estableció en las CPR, valores como la reciprocidad, el intercambio de beneficios y el apoyo incondicional fueron la base, según se desprende de la mayoría de los relatos. Las mujeres desempeñaron un papel importante en dicho sistema: planificaron la distribución de recursos —alimentos, ropa—, cuidaron niños y niñas desprotegidos, se alfabetizaron o alfabetizaron a los más pequeños, sanaron heridas propias y de compañeras y compañeros, vigilaron, cantaron, formaron pareja, gestaron y dieron a luz.

En medio de las bombas y los ataques, recrearon prácticas y conocimientos originarios como el cultivo de la milpa, el uso de plantas para la alimentación y la salud, el tejido y la espiritualidad. Con esos recursos pudieron mantenerse con vida y con un horizonte de futuro. La permanencia en la zona de guerra, a su manera, fue la forma en que mostraron su lucha política; a pesar de todos los riesgos que eso conllevaba, la defensa *in situ* de la tierra que habían recuperado demostró al mundo la profundidad de su resistencia. No por casualidad la consigna principal en los comunicados que las CPR comenzaron a difundir cuando se hicieron públicas en los años noventa fue: «nosotros luchamos por esta, nuestra tierra».

En 1991, cuando el proceso de diálogo entre las guerrillas y el gobierno había avanzado, los grupos de población que permanecieron por décadas moviéndose entre las montañas se hicieron públicos y exigieron garantías para «salir al claro», como nombraron al derecho de retomar los territorios que ocupaban antes de la guerra. Sin embargo, fue hasta el 2 de febrero de 1996 cuando finalmente se fundó la comunidad Primavera del Ixcán, con familias que habían formado parte de la CPR-Ixcán. Tras la firma de la paz y la entrega de las armas en diciembre de 1996, también llegaron allí a vivir y a reunirse con sus familias personas que todavía permanecían en las filas del EGP.

Por otra parte, no debe perderse de vista que las mujeres campesinas se convirtieron en un blanco específico de la crueldad del Estado, pues ellas representaban «la semilla» del mundo comunal, por lo que buscó eliminarlas. La violencia que se impuso sobre sus cuerpos pretendía cancelar la reproducción física y simbólica de las comunidades. Ante todo, existe una dimensión física/corporal de la experiencia de las mujeres en las poblaciones en resistencia y en el ejército guerrillero que revela cuánta energía vital aportaron a los trabajos de defensa, sobrevivencia y reconstrucción. Las enfermedades, las cicatrices y la memoria que hoy cargan de esos años también se *leen* y revelan lo que cada corporeidad guarda de su pasado y de su compromiso en la lucha.

«Estuvimos bajo la montaña, aquí en las cooperativas, 12 años, 12 años de lucha, 12 años de resistencia, éramos poblaciones que no teníamos ni un arma en la mano, simplemente huíamos de los soldados que venían de un lugar para otro» (El País, 2015). Las prácticas rebeldes que en conjunto desarrollaron, la huida, la vigilancia y la preparación física, o las alegrías en medio del miedo, dieron origen a una amplia amalgama social que pudo sostener, a la vez que una guerra militar, un combate ético-ideológico. Niñas, jóvenes, mujeres y ancianas que habían llegado casi por casualidad a las organizaciones lograron participar íntegramente en las mismas una vez superados los primeros obstáculos, precisamente porque «las mujeres ocupan y (han ocupado) un lugar central en la gestión, regulación y defensa del territorio comunal, en sentido material e inmaterial» (Tzul, 2019: 108).

El nexo que une realidad y utopía se expresa en dos sentidos: en términos sociales, como la necesidad de justicia —la utopía crítica y corrige la realidad con sus contenidos éticos—; y, en términos individuales, como esperanza —como disposición subjetiva que abre el porvenir—; a su vez ambas confluyen en la práctica concreta —como respuesta a la necesidad de transformación de la realidad inmediata (Mondragón, 2005: 50).

En este sentido, también la frase «seguimos a la gente» —repetida en varias entrevistas— resume de manera sencilla y clara la guía moral y política que estuvo detrás de cada acto individual de resistencia. Este compromiso «nosótrico»³¹ de las mujeres por el que se hicieron responsables de su situación y del destino de sus comunidades es clave porque demuestra la existencia de un proyecto sociopolítico anclado a una cosmovisión propia.

Por otra parte, sin negar que al interior de los conglomerados organizativos objeto de este estudio hubo desencuentros, disensos y violencias, es importante resaltar la capacidad de recomposición de los colectivos en función de la vida y la esperanza. Frente a las violencias intracomunitarias y en la guerrilla, las mujeres sí se rebelaron, denunciaron, protestaron y negociaron. De ahí que no es aventurado sugerir que, más que una incorporación o una fusión plena con un

³¹ Carlos Lenkersdorf afirma que existe una fuerte relación entre el individuo y la comunidad en los pueblos tojolabales y mayas en general, que se genera en los primeros años de vida de una persona a partir de la cercanía y de las prácticas madre-bebé, lo que repercute en su visión de mundo y en su manera de comportarse en la juventud y adultez. «Es, durante los meses mencionados, que se desarrollan formas de comunicación no verbales o preverbales entre la criatura y la madre en contacto continuo [...] Al acompañar a la madre constantemente, participa en la ida y venida de todas las personas a la casa y, así también, en todo el acontecer diario en el contexto de una familia extensa» (Lenkersdorf, 2005: 65).

actor externo —el EGP—, la resistencia de las indígenas campesinas implicó una confluencia dinámica entre la guerrilla, las comunidades y las partes de estas.³²

Finalmente, retomemos la visión del escritor italiano Primo Levi, sobreviviente de los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, sobre la naturaleza del testimonio de las personas sobrevivientes:

Los que sobrevivimos a los campos de concentración no somos verdaderos testigos. Ésta es una idea incómoda que gradualmente me he visto obligado a aceptar [...] Nosotros, los supervivientes, no somos solo una minoría pequeña, sino también anómala. Formamos parte de aquellos que, gracias a la prevaricación, la habilidad o la suerte, no llegamos a tocar fondo. Quienes lo hicieron y vieron el rostro de la Gorgona, no regresaron, o regresaron sin palabras (Levi, en Hobsbawm, 2014: 11).

Lo mencionado nos convoca a observar que los testimonios de las mujeres, en este caso, están *dialogando* con —o evocando a— los muertos, porque quienes no lograron sobrevivir pintan con su ausencia el cuadro completo del terrorismo de Estado. El testimonio de las sobrevivientes va acompañado siempre de la correspondiente lucha por la justicia precisamente por este motivo. Tampoco se puede anular el valor afectivo de sus recuerdos, porque recordar es volver a ver a quienes ya no están, volver a escucharlos, volver a sentirlos cerca.

Consideraciones finales

Para entender la toma de las armas de las indígenas y su lucha de resistencia en la selva es necesario identificar el núcleo de su experiencia: la afectación concreta de los cuerpos —los «costos» físicos—, la destrucción de la conciencia —los «costos» psicológicos— y los asaltos a la identidad y dignidad de todo un pueblo —los «costos» políticos—. Al mismo tiempo, su protesta y su esperanza solo pueden comprenderse fuera de esquemas discursivos y de dogmas ideológicos, que generalmente insisten en la invisibilización de las indígenas campesinas. La

³² En el interior del EGP se reprodujeron estereotipos de género en las relaciones y hubo violencia incluso sexual. Los desencuentros y agresiones entre compañeras y compañeros fueron también recurrentes en las CPR. Para mantener la disciplina se intentó implementar un sistema de castigos que no siempre fue efectivo, según los testimonios recogidos. Por otra parte, dentro del EGP las indígenas desarrollaron actividades diversas que en sus casas no podían ejercer, desde tareas que ellas consideraban cotidianas hasta labores de formación política, alfabetización, entrenamiento militar, comunicación, sanidad, transporte, vigilancia, etcétera.

participación de ellas resulta disruptiva dentro de la lógica narrativa que tiende a ver en el sujeto masculino el actor político primordial.³³

En resumen, a pesar de constituir una respuesta al plan contrainsurgente del Estado (Brett, 2007: 41) y de estar reconocida por el derecho internacional como lucha contra la agresión, la opresión y la dominación extranjera o colonial (Palacios, 1973: 622), la participación de las mujeres indígenas en las tareas bélicas revolucionarias y de resistencia civil aún es poco comprendida por la mayoría de la población nacional, y no se alcanza a entender su valor humano radical como práctica de sobrevivencia en circunstancias adversas. Reconocer su politicidad es reconocer el poder y el derecho que las mujeres tenían entonces para afirmarse libremente, algo que ocurre de manera similar en el presente.

Con sus acciones, en conjunto con los demás grupos e individuos, lograron construir la fuerza social crítica que buscó y logró encaminar la sociedad por una mejor senda. Su práctica estuvo cimentada en la confianza en un futuro mejor y en la voluntad de imaginar la vida en un medio donde alcanzarla parecía *imposible*. Todo ello, a su vez, nació del dolor y del sufrimiento, experiencias que no deben omitirse, minusvalorarse o sobrevalorarse, porque fueron precisamente la piedra de toque de su fuerza ética, el principio rector de su praxis rebelde.

Este trabajo también es un llamado a abrir la historia de los movimientos armados y rebeldes hacia la «zona» más inestable e «insegura», donde convergen las estructuras políticas y la humanidad de los sujetos. Allí se encuentran cuestiones esclarecedoras que se sitúan «fuera» de los grandes acontecimientos y de los protagonistas principales, en el plano más entrañable del deber ser y del deber hacer de las personas «anónimas», en su voluntad de acompañar o apoyar «desinteresadamente». Desde esta actitud investigativa podemos acercarnos mejor a las causas de su participación y comprender por qué actuaron tal como lo hicieron.

Por debajo del proceso político formal nacional se desarrolló un proceso humano y social para el que aún no tenemos conceptos y que sigue siendo difícil definir. Sin embargo, las transformaciones que produjo son evidentes y sus resultados palpables. La reestructuración de la identidad social, política, genérica, étnica y humana de las mujeres indígenas y campesinas que pertenecieron al EGP o a la CPR-Ixcán fue uno de estos cambios. Hoy ellas son depositarias de una experiencia, voluntad y tradición de lucha que se sembró en aquellos años.

³³ Massolo propone que, aunque el modelo de pensamiento aristotélico se ha superado, en las teorías políticas modernas el sujeto político siguió siendo un sujeto masculino, que se ha convertido en paradigma de validez universal (Massolo, 1994: 15).

En cuanto a su situación material, sin embargo, no puede decirse que se haya logrado lo esperado, pues muchas siguen viviendo en la pobreza a pesar del acceso a la tierra.

El proceso de reconstrucción del sujeto femenino indígena campesino en este periodo fue complicado por la articulación de distintas formas y niveles de opresión: el despojo de las tierras, la acción armada del Estado, la barrera cultural y social entre los distintos actores revolucionarios y rebeldes, las subjetividades patriarcales, etc. Sin embargo, a partir de la historia de lucha de cada mujer desde la infancia y la juventud, de su legítima rebeldía personal como forma de abrirse un espacio para la existencia individual, y del diálogo o choque con otras «compañeras y compañeros», lograron lo que parecía imposible: la vida, la dignidad y la recuperación de las tierras.

Precisamente, las parcelas propias o familiares son uno de los triunfos más importantes que hoy celebran, no solo por los frutos que les dan, sino por el significado de lucha que guardan. Ellas se identifican como indígenas y campesinas y siguen esforzándose por hacer producir la tierra y mantener vivas sus culturas. Aquellas manos que «ayer» empuñaron las armas, hoy sostienen los frutos de la milpa.

Finalmente, no olvidemos que los testimonios son una manifestación de poder en voz de las sobrevivientes/excombatientes, que surge de haber vivido directamente los acontecimientos, de recordarlos y de compartirlos. Son la prueba concreta de su resistencia y de su forma de hacer política. Una de sus funciones en este trabajo ha sido servir como fuente para una historia crítica y, especialmente, como puente entre el pasado y el presente en construcción.

Agradecimientos

Este artículo es producto de la investigación doctoral «La participación política de las mujeres indígenas en el movimiento revolucionario armado y ante el Conflicto Armado Interno en Guatemala (1975-1996)», investigación desarrollada en el marco del Programa de Doctorado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). La investigación fue posible gracias al apoyo del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnología (Conahcyt) de México.

Bibliografía citada

- Asociación Comunicarte. (2006). *Ixcán: tierra, lucha y esperanza* [video]. YouTube. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=2YmGo-ftzok&t=9s> (consulta: 24/06/2025).
- Bolufer, Mónica. (2014). Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres. *Ayer*, 93(1) pp. 85-116. Disponible en https://www.revistamarcialpons.es/revistaayer/article/view/multitudes-del-yo-biografia-e-historia-de-las_mujeres (consulta: 05/07/2024).
- Brett, Roddy. (2007). *Una guerra sin batallas: del odio, la violencia y el miedo en el Ixcán y el Ixil, 1972-1983*. Guatemala: F&G Editores.
- Cabnal, Lorena. (2019). El relato de las violencias desde mí territorio cuerpo-tierra. En Xóchitl Leyva Solano y Rosalba Icaza (coords.), *Tiempos de muerte: cuerpos, rebeldías, resistencias* (pp. 111-123). Chiapas, Buenos Aires, La Haya: CLACSO / Cooperativa Editorial Retos / Institute of Social Studies. Erasmus University Rotterdam. Disponible en <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/15453/1/Tiempos-muerte.pdf> (consulta: 24/06/2025).
- Cantarero, Luis. (2007). Realidad y deseo: la utopía y el sentido de la historia. En *STVDIVM. Revista de Humanidades*, 13, pp. 109-122. Disponible en <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/2542139.pdf> (consulta: 08/09/2025).
- Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH). (2000). *Guatemala: causas y orígenes del enfrentamiento armado interno*. Guatemala: F&G Editores.
- Coser, Lewis. (1956). *The Functions of Social Conflict*. Glencoe, Ill: The Free Press.
- Dahrendorf, Ralf. (1962). *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Madrid: Rialp.
- Drouin, Marc. (1982). «Acabar hasta con la semilla»: comprendiendo el genocidio guatemalteco de 1982. Guatemala: F&G Editores.
- El País. (2015). *Las mujeres del Ixcán* [video]. YouTube. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=34FyeQlc2oI> (consulta: 20/10/25).
- Falla, Ricardo. (2015). *Al atardecer de la vida. Escritos de Ricardo Falla, sj. Volumen 3. Ixcán. El campesino indígena se levanta. Guatemala 1966-1982*. Guatemala: Avancso. Disponible en <https://avancso.org.gt/wp-content/uploads/2014/10/AVANCSCO-Al-atardecer-de-la-vida-Volumen-3.pdf>
- Fulchirone, Amandine (coord.). (2011). *Tejidos que lleva el alma. Memoria de las mujeres mayas sobrevivientes de violación sexual durante el conflicto armado*. Guatemala: Equipo de Estudios Comunitarios y Acción Psicosocial / Unión Nacional de Mujeres Guatemaltecas.
- Fundación Guillermo Toriello. (2020). *Compañeras, mujeres en revolución. Nuestras voces*. Guatemala: Serviprensa.
- González, Paula, y Pagés, Joan. (2014). Conversatorio: «Historia, memoria y enseñanza de la historia: conceptos, debates y perspectivas europeas y latinoamericanas». *Historia y Memoria*, 9, pp. 275-311. DOI: <https://doi.org/10.19053/20275137.2941>
- Halbwachs, Maurice. (1968) *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitaria de Zaragoza.
- Harding, Sandra. (1996). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.

- Hernández Alarcón, Rosalinda (coord.). (2008). *Memorias rebeldes contra el olvido. Paasantzila txums' al ti' sotzeb' al k'u'l*. Guatemala: Magna Terra Editores.
- Hernández Alarcón, Rosalinda. (2011). Campesinas y su lucha por la tierra en *Nosotras las de la historia. Mujeres en Guatemala (XIX-XXI)* (pp. 235-245). Guatemala: La Cuerda.
- Hernández Castillo, Rosalva Aída, y Canessa, Andrew. (2012). *Género, complementariedades y exclusiones en Mesoamérica y los Andes*. Perú: International Work Group for Indigenous Affairs / Abya Yala Press / The British Academy.
- Hobsbawm, Eric. (2014). *Historia del siglo XX: 1914-1991*. México: Crítica.
- Jonas, Susanne. (1994). *La batalla por Guatemala: rebeldes, escuadrones de la muerte y poder estadounidense*. Guatemala: FLACSO.
- Lastarria-Cornhiel, Susana. (2012). Las mujeres y el acceso a la tierra comunal en América latina. *Estudios Agrarios*, 18(52), pp. 1-30. Disponible en https://www.pa.gob.mx/publica/rev_52/analisis/las_mujeres_y_el_acceso.pdf (consulta: 24/06/2025).
- Lenkersdorf, Carlos. (2005). *Filosofar en clave tojolabal*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Malesevic, Sinisa. (2015). La guerra y la teoría sociológica. *Prohistoria*, 18(23), pp. 3-19. Disponible en <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5650703.pdf> (consulta: 24/06/2025).
- Mandel, Ernest. (2020). Ponencia en homenaje al filósofo marxista Ernst Bloch. Hay que soñar: la anticipación y la esperanza como categorías del materialismo histórico. *Rebelión*, 1 de octubre. Disponible en <https://rebellion.org/hay-que-sonar-la-anticipacion-y-la-esperanza-como-categorias-del-materialismo-historico/> (consulta: 08/09/2025).
- Martínez Peláez, Severo. (1970). *La patria del criollo*. Guatemala.
- Marx, Karl, y Engels, Friedrich. (1973). Manifiesto del Partido Comunista. En *Obras escogidas*. Moscú: Progreso.
- Massolo, Alejandra (comp.). (1994). *Los medios y los modos. Participación política y acción colectiva de las mujeres*. México: El Colegio de México.
- Menting, María Adelaide. (2023). *No regresar al pasado*. Guatemala: Piedrasanta.
- Mondragón González, Araceli. (2005). Ernst Bloch: el peregrino de la esperanza. *Estudios Políticos*, (4). DOI: <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484903e.2005.4.37642>
- Nora, Pierre. (1984) Entre memoria e historia: la problemática de los lugares. En Pierre Nora (dir.), *Les Lieux de Mémoire. 1: La République* (pp. 17-41). París: Gallimard. Disponible en https://www.comisionporlamemoria.org/archivos/jovenesymemoria/bibliografia_web/historia/Pierre.pdf (consulta: 08/09/2025).
- Palacios, Jorge. (1973). Los guerrilleros en el Derecho Humanitario. *Jurídica. Anuario del Departamento de Derecho de la Universidad Iberoamericana*, (5). Disponible en <https://revistas-colaboracion.juridicas.unam.mx/index.php/juridica/article/viewFile/10634/9710> (consulta: 24/06/2025).
- Rex, John. (1961). *Key Problems of Sociological Theory*. Londres: Routledge & K. Paul.
- Sanford, Victoria. (2001). *La masacre de Panzós. Etnicidad, tierra y violencia en Guatemala*. Guatemala: F&G Editores.
- Solé, Laura. (2020). Mujeres y su «salto de calidad» en la guerrilla. *La cuerda*, 17 de enero. Disponible en <https://lacuerda.gt/2020/01/17/mujeres-y-su-salto-de-calidad-en-la-guerrilla/Tejerina> (consulta: 10/09/2025).

- Tzul Tzul, Gladys. (2019). La forma comunal de la resistencia. *Revista de la Universidad de México*, abril, pp. 105-111. Disponible en <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/7a052353-5edf-45fe-a7ab-72c6121665b4/la-forma-comunal-de-la-resistencia>
- Vallejo Real, Ivette. (2000). *Ixcán. Configuraciones de una región multiétnica: identidad, relaciones interétnicas y conflicto*. Guatemala: Pastoral Social-IBIS/DINAMARCA. Disponible en <http://lanic.utexas.edu/project/laoap/cirma/biblioteca/ixcan.pdf> (consulta: 24/06/2025).
- Vargas Fronda, Jacobo. (1984). *Guatemala: sus recursos naturales, el militarismo y el imperialismo*. México: Claves Latinoamericanas.
- Vela Castañeda, Manolo E. (2013). Perpetradores de genocidio. Aproximaciones históricas y sociológicas desde el caso Guatemala. *Nueva Sociedad*, (246), Disponible en <https://nuso.org/articulo/perpetradores-de-genocidio-aproximaciones-historicas-y-sociologicas-desde-el-caso-guatemala/> (consulta: 24/06/2025).
- Wieviorka, Michel. (2001). La violencia: destrucción y construcción del sujeto. *Espacio Abierto*, 10(3), pp. 337-347. Disponible en <https://produccioncientificaluz.org/index.php/espacio/article/view/2003> (consulta: 24/06/2025).

Cómo citar este artículo:

Leyte, Karina. (2026). Entre la muerte y la esperanza: mujeres indígenas en el Ejército Guerrillero de los Pobres y la Comunidad de Población en Resistencia del Ixcán. Guatemala, 1975-1985. *Revista Pueblos y Fronteras Digital*, 21, pp. 1-28. DOI: <https://doi.org/10.22201/cimsur.18704115e.2026.v21.799>